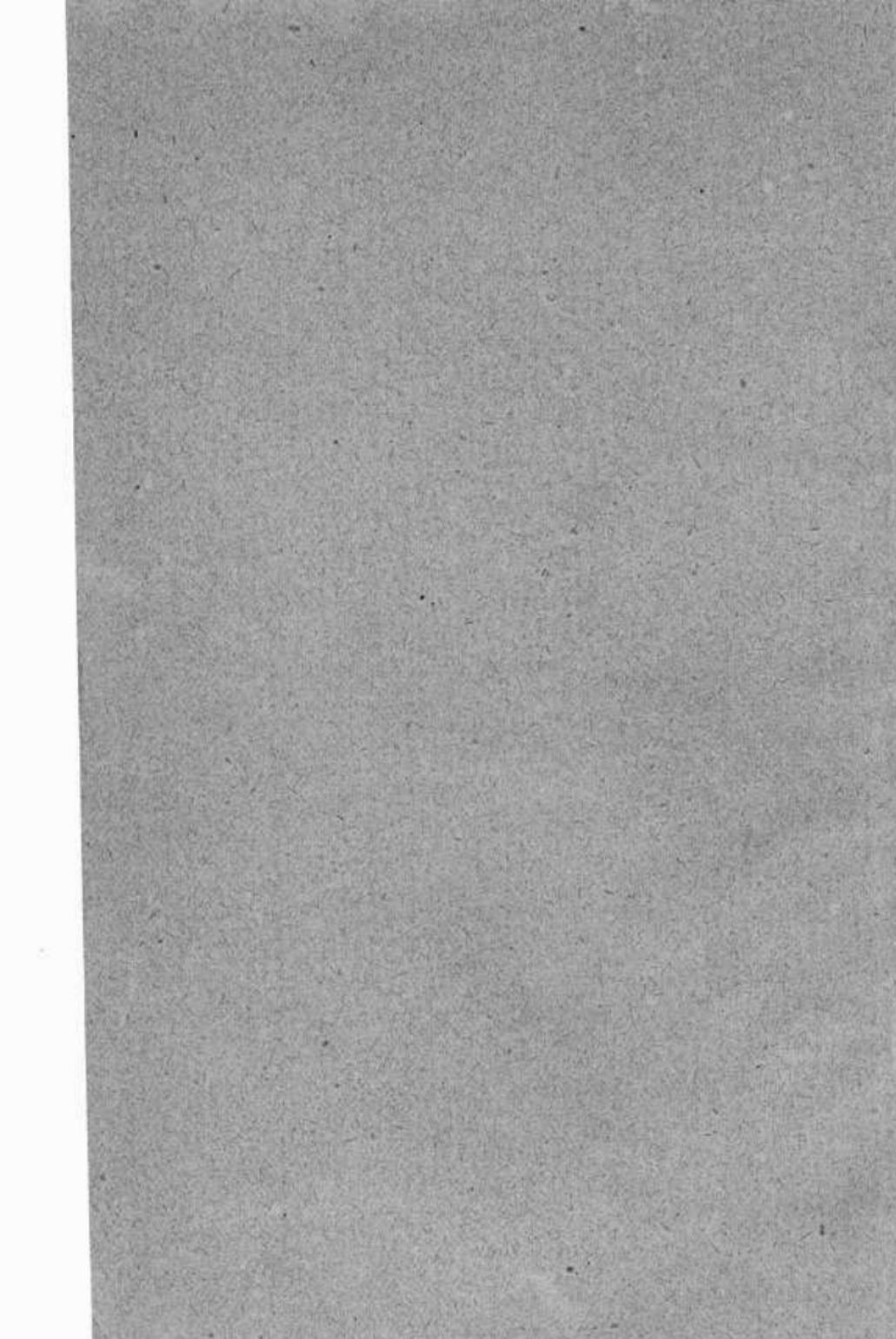
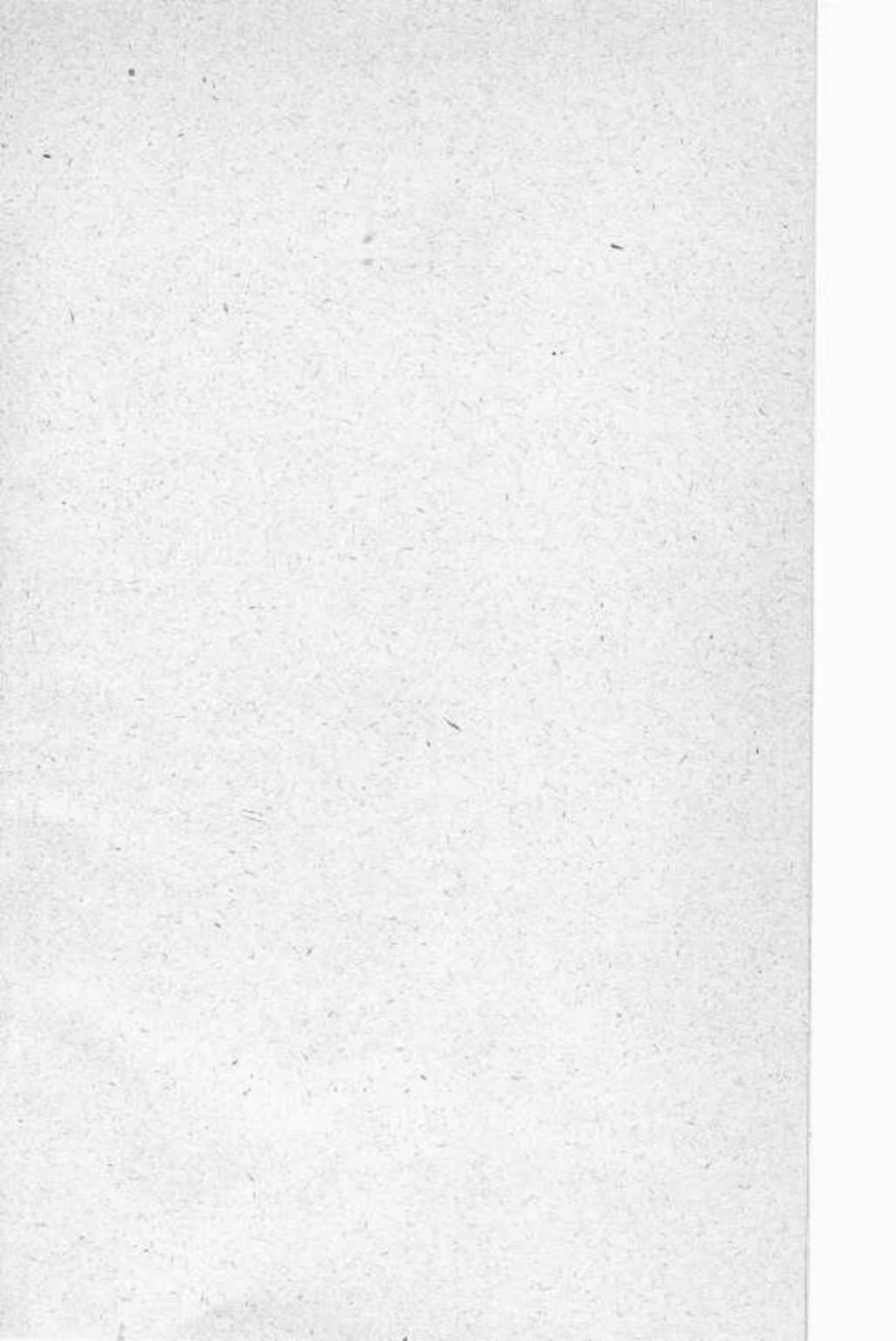


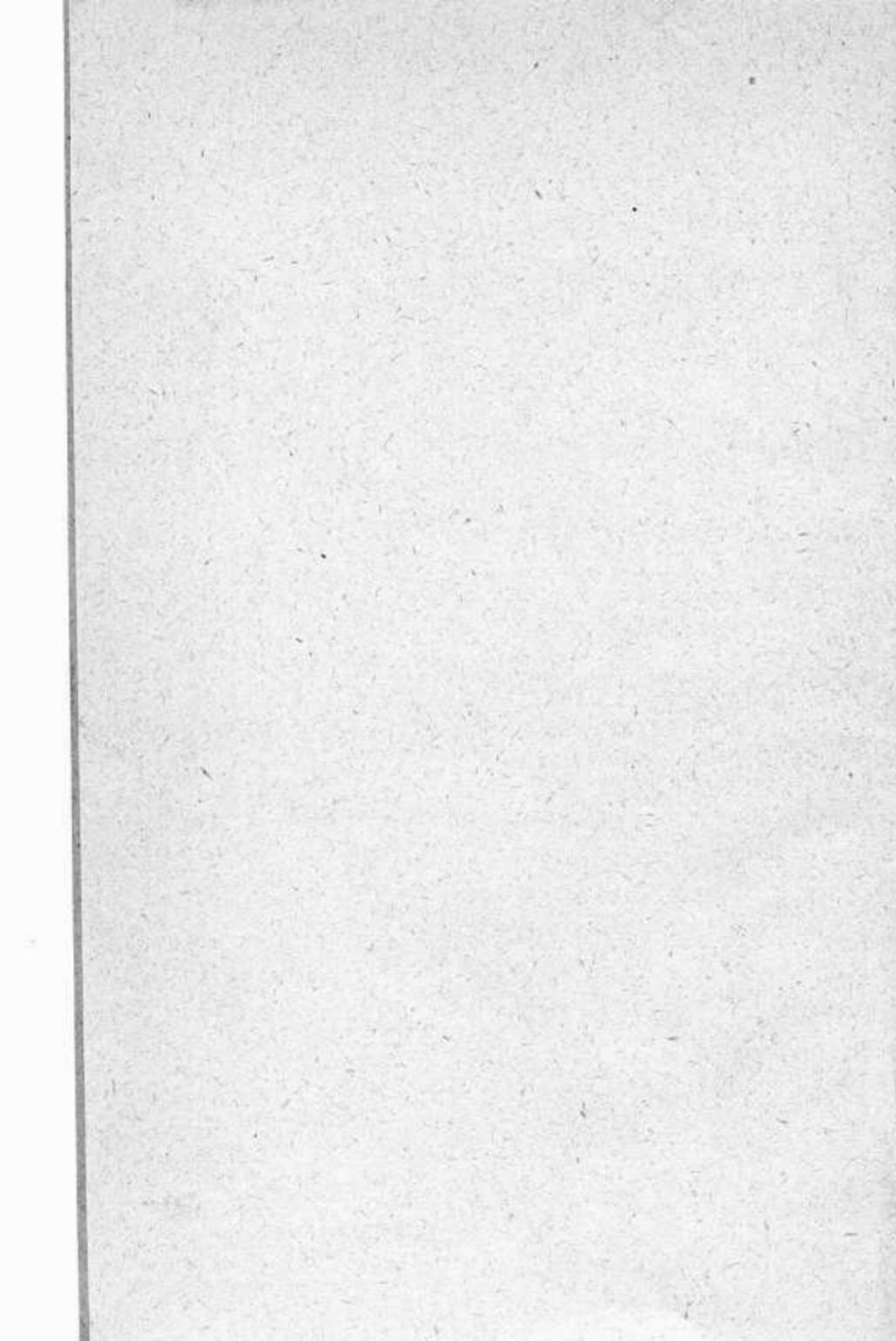
Pepe-Hillo











121

APUNTES BIOGRAFICOS

DE LOS

PRINCIPALES PERSONAJES DE LA ZARZUELA TITULADA

PEPE-HILLO

RECOJIDOS Y PUBLICADOS

POR

D. ANTONIO DE SAN MARTIN.



MADRID.

Imp. Española, Arco de Santa María, núm. 7.

1870.

0111-111

9

APUNTES BIOGRAFICOS

DE LOS

PRINCIPALES PERSONAJES DE LA ZARZUELA TITULADA

PEPE-HILLO

RECOJIDOS Y PUBLICADOS

POR

D. ANTONIO DE SAN MARTIN.



1870 +
MADRID.

APUNTES BIOGRAFICOS

PRINCIPALES PERSONAJES DE LA REVOLUCION

PERE-HILLO

PRINCIPALES PERSONAJES DE LA REVOLUCION

D. ANTONIO DE SAN MARTIN

CUATRO PALABRAS AL PÚBLICO.

La empresa de los *Bufos Arderius* en vista del éxito extraordinario alcanzado por la zarzuela *Pepe-Hillo* del Sr. Puente y Brañas, música del maestro Cereceda; y deseosa de proporcionar á sus favorecedores todos los datos históricos de que tenemos noticias acerca de algunos personajes, de dicha zarzuela, ha determinado publicar este librito.

Hemos adquirido estos datos, de las obras siguientes:

«*Ayer, hoy y mañana, Historia del torero, y de la titulada: Hijos célebres de Madrid.*»

Habiendo bebido en tan acreditadas fuentes, no dudamos responder de su exactitud.

JOSÉ DELGADO (á) PEPE-HILLO.

Este célebre torero nació según unos en *El baratillo* extramuros de Sevilla, y según otros en Espartina pueblecillo inmediato á aquella ciudad.

Manifestando gran repugnancia al oficio de su padre, que era zapatero, se escapaba con frecuencia al matadero en donde hacía suertes á las reses valién-

dose para ello de su chaqueta y en algunas ocasiones hasta de su camisa.

El famosó Joaquin Rodriguez (Costillares) viendo en el joven Delgado grandes disposiciones para el toreo, se declaró su protector logrando sacar un aventajadísimo discípulo, que muy pronto rivalizó con su maestro y con el no menos célebre matador de toros Pedro Romero contemporáneo suyo.

Inventor de varias suertes difíciles, Pepe Hillo notadó en alcanzar gran nombradía y riquezas, con las cuales fabricó dos casas en la calle de Cantarranas de Sevilla.

A su buen trato social y á su honradez y carácter caballeresco, unia un particular gracejo en su manera de hablar, circunstancias que le hacian ser muy apreciado por personas de alto rango.

Entre estas citaremos al señor duque de Osuna, el cual lo distinguia no solo con su proteccion, sinó tambien con su amistad, para cuya razon Pepe-Hillo tenia asiento diario á la mesa del duque.

Hablando de él, el célebre Montes, decia :

«Fué un torero de encargo, y mas general que euantos se han conocido; y esto no es necesario haberle visto para juzgar así de él. No hay mas que fijar la vista sobre las heridas que recibió, y las suertes que se deben á su invencion, y notaremos que son las mas difíciles y espuestas que se conocen en el toreo; y esto no es capaz de hacerlo sino el que tuvo mucho vator y muy grandes conocimientos.»

La muerte de Pepe-Hillo acaeció el año de 1801, estando de primer espada en la plaza de Madrid.

El séptimo toro de la corrida de tarde del 11 de Mayo, puso fin á su vida; siendo de advertir que ya en la media corrida de aquella mañana, el desgraciado lidiador habia tenido, aunque sin salir herido, una cogida.

Por esta razon, y por haberse resentido un poco de una costilla, sus banderilleros le aconsejaban que no torease en la corrida de aquella tarde, á lo que contestó Pepe-Hillo:

—«Yo cumpliré con mi obligacion, hasta salir de la

El toro que causó su muerte, fuera ya lidiado otra vez.

Referiremos el lamentable suceso, copiando literalmente parte de la carta escrita por un testigo presencial. Dice así:

«Estando ya en la fatal de la derecha del toril, á corta distancia de él y la cabeza algo terciada á las barreras, se armó el matador para estoquearle; le tanteo, citándole, ó llamándole la atención á la muleta (deteniéndose, y sesgándose algo mas de lo regular), se arrojó á darle la estocada á toro parado, y le introdujo superficialmente como media espada por el lado contrario ó izquierdo. En este propio acto le enganchó con el piton derecho por el cañon izquierdo de los calzones, y le tiró por encima de la espaldilla al suelo, cayendo boca arriba. Bien porque el golpe le hizo perder el sentido, ó por el mucho con que pudo estar, para conocer que en aquel lance debió quedar sin movimiento; es lo cierto que careciendo de él, se mantuvo en dicha forma interin le recargó el toro con la mayor velocidad, y ensartándole con el cuerno izquierdo por la boca del estómago, le suspendió en el aire, y campaneándole en distintas posiciones, le tuvo mucho mas de un minuto, destrozándole en menudas partes cuantas contiene la cavidad del vientre y pecho «á mas de diez costillas fracturadas», hasta que le soltó en tierra inmóvil, y con solo algunos espíritus de vida. Esta la perdió enteramente en poco mas de un cuarto de hora, en cuyo intermedio se le suministraron todos los socorros espirituales, que son posibles á la piedad mas religiosa.»

Su muerte fué muy sentida no solo por los aficionados al toreo, sinó tambien por la generalidad de las gentes que apreciaban en él su honradez, y lo generoso que era para con los pobres.

Como documento curioso y para que se vea el destroz horrible que esta cogida causó en el infortunado diestro, damos á continuacion un extracto de la autopsia que se hizo en su cadáver. Es como sigue:

«Su cadáver, segun se reconoció despues por la autopsia, tenia una herida en el epigastrio inmediata-

mente por debajo del cartilago xifoides de seis pulgadas de estension, la que se hizo penetrante á la cavidad del vientre en cuyo sitio lisió el homento, dividió la porcion transversal del intestino Colon, hirió el estómago en su cara posterior cerca de una pequeña corvadura, dividió enteramente el pequeño lóbulo del hígado, desde cuyo sitio se dirigió al grande lóbulo y en él hizo un grandísimo destrozo separando todas las adherencias que tiene con el diafragma, en el que hizo una herida de tanta extension que todo el lóbulo mayor del hígado pasó por ella á la cavidad del pecho, hiriendo tambien el pulmon derecho. Pasó el mediastino, dividió el pericardio y salió la punta de una de las astas por la parte superior del pecho de uno y otro lado, produciendo dos heridas de dos pulgadas de extension cada una entre la segunda y tercera costillas verdaderas del lado derecho, por su porcion interior y algunas por su parte media y posterior; dislocó la cuarta por su articulacion vertebral, fracturó otras cuatro de las verdaderas, con una dislocacion de la sesta, y habiendo dividido en todo este trayecto muchos y considerables vasos, se siguió un gran derrame sanguineo en la cavidad vital, y en su consecuencia se verificó la muerte mementáneamente, pues cada una de las heridas por sí solas, era mortal.»

Sepultóse su cadáver en la parroquia de San Ginés en donde aun se halla, siendo acompañado su entierro por un gran número de personas y particularmente por el banderillero sobresaliente Antonio de los Santos, amigo inseparable y gran admirador de Pepe Hillo.

El toro que le mató pertenecía a la antigua ganaderia llamada de Peñaranda, y su cabeza disecada puede verse aun en la actualidad en uno de los salones de Historia natural de Madrid.

II.

MARÍA DE LOS DOLORES Ó DEL POPOLO SALADO.

Asi se llamaba la mujer de Pepe-Hillo.

De hermoso rostro y afable condicion, fué adorada de su esposo, al cual dió tres hijos que se llamaron Antonio, Manuel y José.

El mayor de estos fué tonelero, y el segundo obtuvo merced á la influencia del señor duque de Osuna, gran amigo y protector de su padre, como ya hemos dicho, el destino de visitador de estancos.

Respecto al mas jóven, nada se sabe de su vida. De su partida de defuncion que hemos consultado, resulta que fué propietario.

María de los Dolores, era una honrada esposa, y mujer muy caritativa. Llevada de sus nobles sentimientos habia recogido en su casa á una pobre niña huérfana.

Se sabe que fué hermana mayor de la cofradía del Sagrario de Sevilla, en la cual estaban inscritas las principales damas de aquella ciudad.

Durante su estancia en Madrid, gozó de gran prestigio entre la gente de su clase, que la trataba con mucha consideracion y respeto.

Sentimos no poder dar mas detalles acerca de su vida.

III.

DON RAMON FRANCISCO DE LA CRUZ CÁNO Y OLMEDILLO.

Pocas serán las personas que no conozcan, ó no hayan oído hablar al menos, de los graciosos sainetes del fecundo escritor D. Ramon de la Cruz.

Este interesante personaje de la obra del Sr. Puente y Brañas, nació en Madrid el 28 de Marzo del año de 1731, y fué bautizado en la parroquia de San Ginés.

Sus padres, D. Raimundo de la Cruz y doña Rosa Cano y Olmedillo, le proporcionaron los estudios que su escasa fortuna les permitia, y teniendo que abandonar estos por muerte del autor de sus dias, emprendió la carrera de empleado en las oficinas de la contaduría de penas de Cámara y gastos de justicia del reino, en donde llegó á ser oficial mayor.

Se ignora la causa por la cual se le quitó su empleo, y entonces D. Ramon de la Cruz ya muy conocido por sus producciones teatrales; y por ser individuo de la Real Academia de Buenas letras de Sevilla y Arcades de los de Roma, con el nombre de Larisio Dia-neo, se dedicó con mas ardor que nunca á escribir para el teatro.

El número de sus comedias, pasillos, tonadillas y sainetes, es tal, que se imprimieron ocho tomos en octavo, solamente de las mas aplaudidas.

Tambien arregló á nuestro teatro varias óperas del abate Metastasio.

Empero, tantos afanes, y el general aplauso con que el público recibia sus obras, no le proporcionaban ni aun lo mas preciso para poder subsistir, y desde la pérdida de su empleo arrastró una mísera existencia, sin que ninguno de sus infinitos admiradores le tendiese una mano protectora.

Enfermo, pobre y abandonado hasta de su propio hijo, murió este insigne poeta recogido de limosna en casa de un carpintero, sin desmentir ni aun en el último trance de su vida, lo festivo de su carácter, y la inagotable fecundidad de su ingenio, que tantas veces habia hecho las delicias de los concurrentes á los teatros del Príncipe y de la Cruz.

Casi todos los versos que D. Ramon de la Cruz dice en la zarzuela Pepe-Hillo, están entresacados de sus comedias y sainetes, y acomodados magistralmente á las escenas que se desarrollan sin violencia alguna, en la obra del Sr. Puente y Brañas.

El que escribe estas breves apuntaciones no puede resistir al deseo de insertar la bellissima descripcion que hace de su traje D. Ramon de la Cruz, á dos majas que le piden las convide á refrescar.

Héla aqui:

»Esta capa que me tapa
»tan pobre y raída está,
»que solo por que se vá
»se reconoce que es-capa.

»De amor en el vasto mapa
»aunque lo intente cualquiera,
»no puede hacer de tercera
»pues mas que tapa, destapa.

»Por lo vieja y desgarrada
»parece esta chupa mia,
»casa de capellanía
»que siempre está destrozada.

»La tengo ya tan usada
»que en mi cuerpo estrafalario,
»perdió su nombre ordinario
»de chupa, y quedó chupada.

»Mis calzones, ni á retazos
»pudieron salir completos,
»y me parecen discretos
en andar hechos pedazos,
»pues dan el abrigo á plazos
»pero no me desabrigan,
»y así, no es fácil que digan
»que yo soy un calzonazos.

»Mis medias son tan ligeras
»que el tiempo hacerlas promete.
»correos de gabinete,
»pues siempre tienen carreras.

»Medias humildes de veras
»pues ni están de sí pagadas,
»ni son aunque desgarradas,
de esas que llaman ramerás.

»De todo mi pobre ható
»el zapato estimaré,
»solamente por que sé,
»donde me aprieta el zapato.»

Ya veis y ois mi retrato,
juzgad, pues, de mi caudal.

Dire sólo por final
pues de terminario trato,
que tan sin dicha he nacido
y de craces tan cargado,
que hasta quiso darme el hado
una *crúz* por apellido.

Pero digo á todo ¡Zapel

que no hay burla que me hinche,
ni manolo que me pinche,
ni buscona que me atrape.

Conque aquí no busqueis luz,
que aunque sin galas ni alhajas,
mas majo que veinte majas.
es Don Ramon de la Cruz.

Los versos no entrecomados, son añadidos por el autor de Pepe-Hillo para terminar este parlamento.

IV.

LA BEATA CLARA.

A fines del siglo pasado apareció en Madrid una jóven bella y de aspecto modesto, que en compañía de su madre fué á habitar el cuarto bajo de la casa número 6, en la calle de Cantarranas, hoy de Lope de Vega.

Nadie sabia la procedencia de estas dos mujeres.

Pronto la caridad, ayunos y cilicios de la jóven, la atraieron el aprecio de las gentes honradas que empezaron á llamarla la beata Clara. Clara, en efecto, era su nombre.

De la calle de Cantarranas voló su fama por toda la córte, y entonces se habló de milagros; y de celestiales apariciones que tenían lugar en su vivienda.

La Inquisicion, y algunos padres réverendos de diferentes órdenes, quisieron averiguar la verdad, y fueron á visitar á la beata, la cual se obstinó en negar lo de los milagros, y el don de la profecía que le atribuía el vulgo, confesando ser únicamente la mas indigna pecadora, y no una elegida del Señor.

La madre de Clara á espaldas suyas, y al tiempo de despedir á los reverendos, les suplicaba con lágrimas en los ojos que obligasen á su hija á que no macerarse sus carnes, con tantos cilicios y disciplinazos.

Clara, efectivamente, estaba pálida; demacrada: casi tísica.

Una luenga túnica de tela grosera ceñida á su cintura con una soga, le arrastraba por el suelo, dándole un aspecto lúgubre y dolorido á la vez, á lo que contribuían sus ojos hundidos y su cabellera tendida sobre la espalda.

Los frailes mas incrédulos, no hacian mas que dudar: los otros creían á piés juntillos en su santidad.

Un suceso acaecido á un pobre jornalero, vecino de Clara, vino á aumentar la fama de ésta.

El jornalero, padre de una familia numerosa, vivia en la mayor miseria. Acudió á la beata, y ésta le dijo que oyese tres misas con gran devocion, y que en seguida fuese á cavar al pié de un árbol de la pradera de la Teja, árbol en el cual hallaría gravada una cruz.

Hízolo así el jornalero, y encontró un bolsillo lleno de escudos de oro.

Loco de contento refirió el suceso por todas partes, y la credulidad del pueblo se obstinó en dar el nombre de milagro, á lo que no era mas que una vulgar supercheria.

Clara por aquel entonces fué visitada por el obispo auxiliar de Madrid, que salió convencido de su santidad.

Su reverencia habló de ella al Nuncio del Papa, el cual despues de haberla visitado tambien, obtuvo del Santo Padre licencia para que la beata pudiese mandar decir misa en su propia casa, y aun para tener en ella de manifiesto el Santísimo Sacramento.

Ante esta notable concesion, nadie se atrevió á dudar de que Clara estaba en gracia de Dios, y los mas elevados personajes de la córte; los hombres políticos; las damas de la nobleza y aun el alto clero, acudieron á consultarla en los casos dificultosos, y el pueblo en masa llenó su calle noche y dia.

Después de alcanzar tanta nombradía de santidad, Clara y su madre cambiaron de domicilio, y fueron á habitar una casa situada en la calle de los Santos, esquina á la carrera de San Francisco.

Sus admiradores la siguieron allí y de continuo se veía á madres que tocaban sus hijos enfermos á las piedras de la casa de la *Santa*; mendigos que en tropel acudían á implorar su caridad, y tapadas que iban en demanda de un consejo ó de una limosna.

No se crea, sin embargo, que era tan fácil el ver á la beata.

Infinitas damas de la nobleza y aun ministros de la corona cuyos carruajes blasonados rodaban por su calle, tuvieron en muchas ocasioness que volverse sin tener la alta honra de ver á Clara.

La madre de esta era la encargada de despedirlos con la mayor política, diciéndoles que su hija estaba en extásis ó en oracion.

Apesar del olor de santidad que salía de la casa de la calle de los Santos, algunos incrédulos con general indignacion de las buenas almas, eran causa de tumultuosas escenas que ocurrían con bastante frecuencia en la carrera de San Francisco.

Los estudiantes y algunas personas de la clase media murmuraban en voz baja de la beata, y aun habia quien se atreviese á asegurar que tenia amantes.

Cuando sus admiradores se apercebían de estas murmuraciones, estallaba la general indignacion, y mas de una vez la madre de la *santa* tuvo que salir al balcon de su casa, rogando á los afortunados que no gritasen pues su hija estaba en oracion.

Por fin llegó un dia en que fué descubierta la sacrilega farsa.

Una criada de Clara que había salido de su casa á consecuencia de una disputa que tuvo con su madre, fué á confesarse con el cura párroco de San Andrés, D. Rafael Oseñalde.

«Acúsome, padre, le dijo, de haber contribuido durante mucho tiempo á embaucar á las gentes con los fingidos milagros de la beata. Esta no ayuna; ni lleva cilicios sobre su cuerpo, y tiene un amante para cada

hora del día. Todas las noches, ó en su casa ó fuera de ella, se entrega en repugnantes orgias, á los mas reprehensibles excesos.»

Enterada de esta declaracion la Suprema, se propuso averiguar la verdad, y Clara fué sorprendida en su propia casa, á los postres de una opipara cena, en compañía de uno de sus amantes.

La *santa* entonces vestía un rico traje escandalosamente escotado, y sus cabellos estaban entrelazados con flores.

Habiendo desaparecido la pintura que daba á su rostro una apariencia cadáverica, la impostora jóven ostentaba los frescos colores de una salud magnífica.

La Inquisicion entonces prendió á la madre y á la hija, y despues de sellar la puerta de su casa, las condujo con su acostumbrado misterio á los calabozos del Santo Oficio.

Cuando al amanecer, vieron las gentes el terrible sello estampado en la casa de Clara, no pararon hasta saber la causa de aquel anatema, y entonces se puso en claro la vida de la embaucadora.

La Inquisicion fué sobrado blanda con ella, y se contentó con desterrarla léjos de la córte á hacer ejercicios penitenciales. Aun existen en el dia, personas en Madrid, que la vieron salir para el lugar de su destierro.

Mentira parece que gentes de alto rango; prelados distinguidos y todo el pueblo de Madrid en una palabra, hayan dado crédito ni un solo momento á los pretendidos milagros de la célebre *beata*, milagros entre los cuales figuraba el de cierta postura de huevos de gallina, y otros absurdos por el estilo.

Por aquel tiempo circularon por Madrid infinidad de versos alusivos á ella, entre los cuales se distinguieron los siguientes:

Si una mujer aparenta
que es beata, y conmovida
está pasando una vida
muy austera y penitenta,
y así goza de gran renta;

el fraile, el obispo, el cura;
sin embargo que es locura,
nada digamos... *chiton!*

Si los tres, y mas un ciento
suplican al Padre Santo
la conceda velo y manto,
siendo su casa convento.
Si consiguen este intento
y para mas perfeccion,
en su misma habitacion
la dice la misa un cura;
sin embargo que es locura,
nada digamos... *chiton!*

Si llegando á mayor grado
la ignorancia de esta gente,
todo un Dios Omnipotente
le ponen sacramentado;
y olvidando cuan sagrado
es esto á la religion,
le reducen á prision
en tan inmundada clausura;
sin embargo que es locura,
nada digamos... *chiton!*

Si despues de haber creído
que es cierta su santidad,
descubren que la maldad
su centro en ella ha tenido;
y que allí que se ha ofrecido
al Justo Juez oblaçion,
la mayor disolucion
se practicó con holgura;
sin embargo que es locura,
nada digamos... *chiton!*

Si el público llega á ver
que esa maldita embustera
es mala como cualquiera
y frágil como mujer;
si en ello llega á entender
la muy Santa Inquisicion,

y la pone en reclusion
no llevando á obispo y cura,
sin embargo que es locura,
nada digamos... *chiton!*

VI.

FRAY MARTIN.

Por conveniencia dramática, el autor de la zarzuela *Pepe-Hillo*, hizo aparecer á este personaje de su obra, al final del cuarto cuadro, saliendo por la puerta del toril.

Por lo demás, el hecho es cierto.

En la plaza de toros de Logroño y tambien por aquel tiempo, la inmensa concurrencia que llenaba la plaza, vió salir con asombro en vez del toro que esperaba, un respetable padre de la Merced.

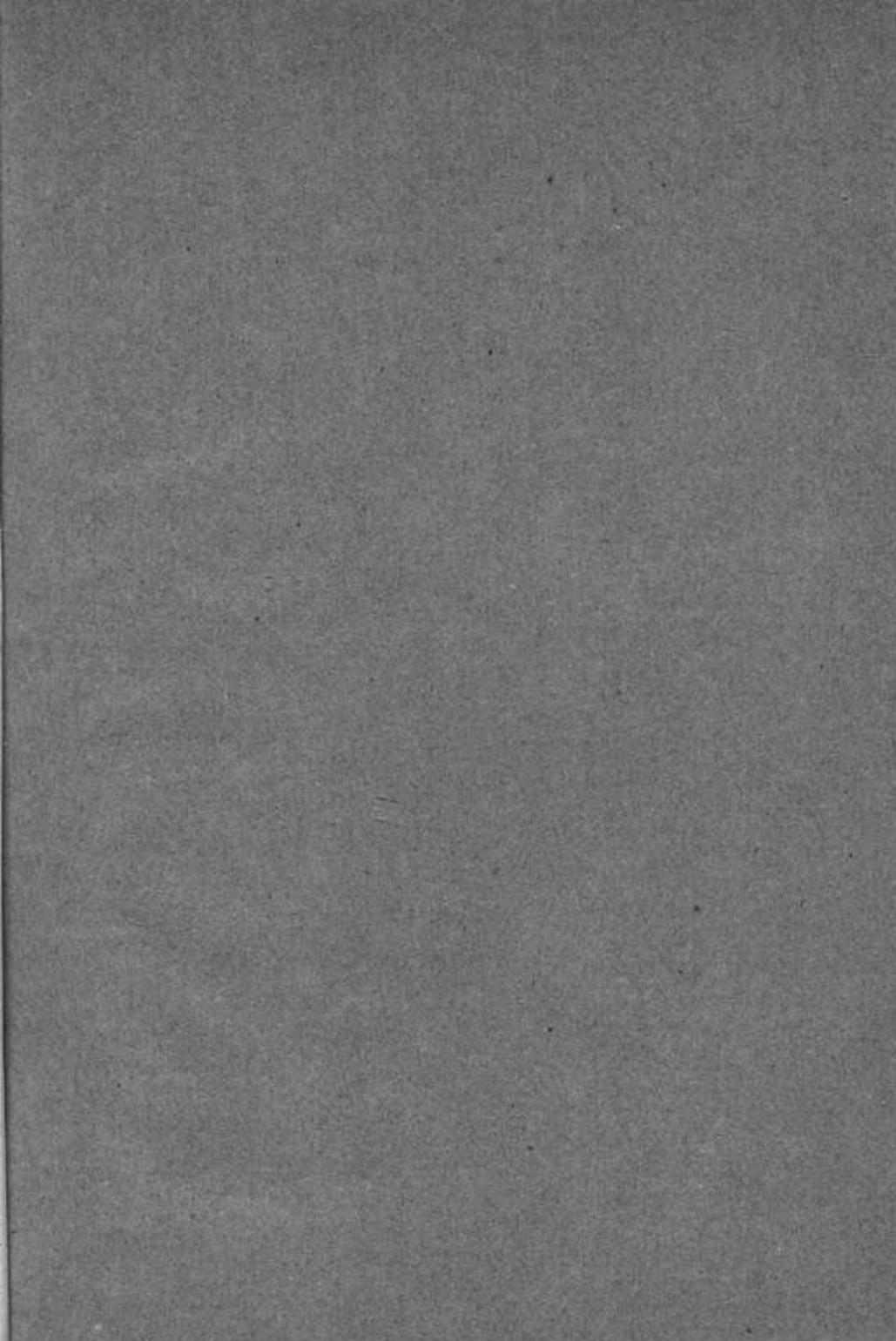
El fraile era sumamente aficionado á las corridas de toros, y siempre se situaba en la meseta del toril, para gozar mejor del espectáculo.

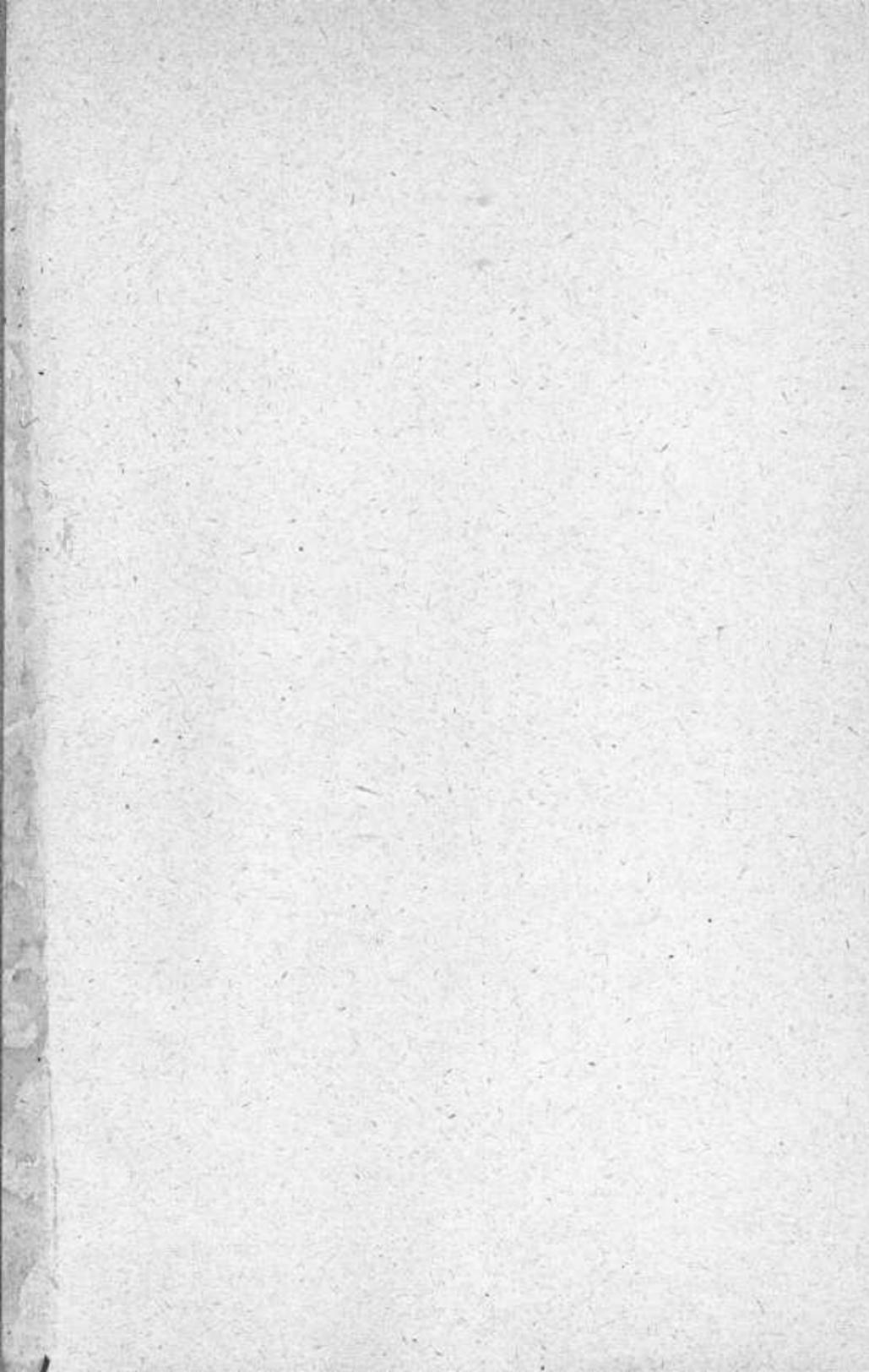
Un dia, y por inadvertencia como es de suponer, cayó en el chiquero en el momento en que iba á salir un toro á la plaza.

El pobre fraile, aturdido; vacilante y lleno de pavor, apareció en el redondel tropezando en las faldas de su hábito.

La atronadora gritería y los agudos silbidos con que fué saludado por el público, acabaron de trastornarle, y cayó en tierra sin sentido, de donde le trasladaron á la enfermería á fin de hacerle recuperar el conocimiento.

Terminaremos nuestro trabajo manifestando que merced al celo y entusiasmo del Director y empresario de los *Bufos*, Sr. Arderius, la zarzuela *Pepe-Hillo*, aparece en escena despues de un mes de rigurosos ensayos, exornada con toda la propiedad que su argumento requiere; siendo cuantiosos los gastos que se han originado, á fin de conseguir tan brillante éxito.







MARQUES DE SAN JUAN DE PIEDRAS ALBAS

BIBLIOTECA

Pesetas

Número. <u>580</u>	Precio de la obra.....
Estante. <u>2</u>	Precio de adquisición..
Tabla... <u>6</u>	Valoración actual.....
Número de tomos.		

